



*Pequeños héroes, pequeños sobrevivientes, Alessa Piña García*

# ¿Quién canta PRIMERO?

Victor Parra Avellaneda  
*Biólogo y asistente de laboratorio*

**E**l general Gallináceo era un gallo corpulento y muy neurótico. Cada vez que se levantaba cacareaba furioso al escuchar que otros gallos ya habían cantado antes que él. Fue así que, lleno de frustración, se preguntó cuál de todos los gallos del mundo cantaba primero a la salida del sol.

—¡No puede ser! ¡Yo soy el general Gallináceo, conquistador del alpiste, dominador de los gusanos, gran combatiente de la Guerra por la Paja y la Guerra de las Semillas y la Gran Guerra del Girasol! ¡Yo lideré a mi pueblo hacia la gloria, pero... a pesar de todo esto, siempre hay un maldito gallo traidor que me desafía, pasándose todo mi currículum de guerra por las plumas de la cloaca y cacareando al amanecer antes que yo! ¡No puede ser! ¡Esta tierra es mía y el sol también! —reflexionó el general Gallináceo en una tranquila mañana de otoño.

—Señor general —dijo el mariscal Polluelón Huevinez, uno de los colaboradores más cercanos al general Gallináceo—. Me han informado que el mundo es esférico, y que, por ello, siempre hay un amanecer. El mundo gira y la luz ilumina siempre una parte de la superficie de la Tierra y, al mismo tiempo, donde no hay luz anochece. Por lo tanto, siempre hay gallos cantando, porque a cada instante amanece en algún lugar. No hay primeros ni últimos, señor.

El general Gallináceo, abrumado por tales disertaciones, quedó pensativo un largo rato hasta que dijo:

—Eso es demasiada ciencia, ¡es ciencia llena de herejía, llena de blasfemia! Debemos hacer todo lo posible para ser los únicos y primeros en cantar al alba. ¡El amanecer de esta tierra será el primer amanecer de cada día, y yo seré el primer gallo en todo el mundo en cantar cuando el sol se eleve por el horizonte!

—¿Qué hará en ese caso, señor general? —le preguntó el mariscal Polluelón Huevínéz al general.

—Pienso exterminar a todos los gallos que cantan antes que yo y carbonizarlos con nuestras poderosas armas de destrucción. ¡Esa es una gran idea! ¿No le parece, mariscal? ¡Una guerra total! —vociferó triunfal el general Gallináceo, pavoneándose a lo largo de todo el despacho y moviendo frenéticamente su roja cresta.

—General, con todo respeto, nuestra economía apenas se está recuperando de la Guerra del alpiste y las Guerras de las semillas de girasol. Perdimos a muchos gallos en la contienda y ahora son las gallinas viudas las que sostienen al país trabajando en las fábricas. Necesitamos sanar las heridas y las pérdidas para que los polluelos de hoy se conviertan en fuertes gallos en un futuro, capaces de luchar por su patria Gallinácea. Pero, a pesar de todo esto, general, ¿qué sentido tendría enviar toda una generación a un matadero como lo es la guerra? Piénselo mejor. Debe haber una estrategia mucho más barata para conseguir sus objetivos legítimos —dijo el mariscal Polluelón Huevínéz, cuyas palabras lograron apaciguar la sed de sangre del general Gallináceo.

Mientras tanto, este, en silencio, se apartó para meditar y ordenar en tranquilidad los pensamientos que rondaban por su mente. Hasta que, en un estallido de lucidez, los ojos del general Gallináceo parecieron encenderse de un fulgor extraño.

—¡Hay que prohibir el sol! —Exclamó el general Gallináceo.

El mariscal Polluelón Huevínéz miró seriamente al general Gallináceo, emitió un hondo suspiro y le dijo:

—Señor general, todos sabemos que cuando algo se prohíbe es más consumido. ¿No se acuerda cuando censuró la quinua y a los días surgió un poderoso mercado de traficantes de esta semilla? Recuerde cómo este mercado ilegal desestabilizó la economía de nuestro país, lo que a su vez provocó el levantamiento de grupos armados de furiosos gallos y gallinas por todo el territorio, lo que finalmente desembocaría en la trágica Guerra del alpiste y la Gran Guerra de las semillas de girasol. Si prohibimos el sol, habrá cientos de gallos por todo el mundo desafiando su autoridad. ¡Se subirán a las casas, subirán a las montañas a esperar el amanecer y cantarán como símbolo de rebeldía hasta que se les quiebre la voz!

El general Gallináceo nuevamente miró al mariscal Polluelón en silencio, quien temió que, en un arrebato de ira, por tantas veces que le habían corregido, el general Gallináceo lo picoteara directamente en el ojo como afrenta y lo dejara tuerto o ciego de ambos ojos.

Sin embargo, el general Gallináceo se calmó y dijo susurrando:

—La única manera de que nadie cante al amanecer es que nadie vea el sol. Para eso tendríamos que dejar ciegas a todas las aves del mundo. ¡Eso es una locura! —Dijo el general, más frustrado aún, caminando alrededor de su oficina, y dando muchos círculos en su trayecto.

—Creo que esa es una muy buena idea —le respondió el mariscal Polluelón.

—¿Dejar ciegas a las aves? —Preguntó perplejo el general.

—Debemos hacerlo sin el uso de la fuerza —le respondió el mariscal.

—Y... ¿cómo haremos eso? —Preguntó el general, intrigado.

En eso, el mariscal Polluelón tapó su vista con las plumas de sus alas.

—Haga lo mismo que yo —dijo el mariscal.

El general Gallináceo se tapó los ojos.

—No veo nada... ¡Oh! ¡Creo que ya lo he entendido! —Exclamó el general.

—Si lleváramos la ceguera a todas las aves del mundo, como lo estamos haciendo con nuestras alas, podríamos evitar que canten cuando salga el sol —le dijo el mariscal.

—¡Gafas! —Dijo el general Gallináceo—. Nuestra economía está en la ruina por la Guerra del alpiste y las semillas de girasol. No podemos enviar al cielo de cada país una bomba nuclear para que estalle en el cielo y deje ciegos a todos. Es muy caro. Podemos inventar un producto de moda. Mandaremos diplomáticos a todas las partes del mundo para convencer a los demás gallos y gallinas del planeta de que usen gafas opacas con las que no verán absolutamente nada.

—Ahora, general, ¿cómo vamos a convencer a todas las aves del mundo que usen esas gafas? —Preguntó el mariscal.

Después de meditar un instante, el general dijo lúcidamente:

—Si se infunde el miedo de que mirar al sol puede matar a las aves, seguramente nadie querrá verlo. Solo los intrépidos.

—En eso hay algo de razón. Conozco algunas aves que se quedaron largo rato viendo al sol pensando que era una fruta colgada de un árbol

celestial y ahora están ciegas y con tumores malignos —le respondió el mariscal.

Meses después, el general Gallináceo emitió un comunicado urgente en el que informaba al mundo su descubrimiento de la ceguera causada por el sol y los tantos peligros que existían al mirarlo. Las sociedades médicas se conmocionaron y de inmediato se empezó a buscar una solución al peligro del sol. Fue así como salió al mercado el primer modelo de gafas opacas, causando furor en todos los continentes. Millones de aves usaron estas gafas y se quedaron privadas de la luz, convencidas de que el peligro del sol había sido superado y de que no era necesario usar su luz.

Hubo accidentes de tráfico, laborales y otros eventos trágicos, pero, pese a todo pronóstico, miles de migraciones se vieron alteradas, pero nadie relacionó estos hechos con que las aves se habían quedado ciegas por la opacidad de las gafas. Algunos empresarios teorizaron que se trataba simplemente de una crisis de productividad que algún día se solucionaría por la buena disposición de los trabajadores. Con ello, la economía de las demás naciones del mundo cayó estrepitosamente, cientos de países se sumieron en la desorganización y millones y millones de aves quedaron para siempre en un ir y venir hacia direcciones inciertas, sin cantar nunca más, pues nunca veían el amanecer y poco a poco, con cada año que pasaba, la noción del sol, del amanecer y de cantar cada vez que el astro rey se ponía en el cielo, se fue perdiendo para siempre.

Uno a uno, cada país aviano se quedó ciego, a excepción del general Gallináceo, quien se convirtió en el único gallo en el mundo en cantar al alba.